

ATILIO CABALLERO  
Rosso lombardo

*bokeh* ✨

© Atilio Caballero, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

ISBN: 978-94-91515-46-0

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## GRAND SLAM

La vida oscila  
entre lo sublime y lo inmundo  
con cierta propensión  
a lo segundo.

Montale

[...] el sentimiento de culpa, exclusivo del niño,  
fue parcialmente reemplazado por la comprensión  
de nuestra mutua impotencia.

Kafka, *Cartas a su padre*

Igual a la bola de billar que caracolea en la boca de la tronera, indecisa, coqueteando con el borde, y de repente se hunde en lo oscuro como si algo se la tragara, succionándola más bien, así mismo dio vueltas la pelota de tenis sobre el anillo de fango y cuando parecía que no, esta vez no, le queda poca fuerza de rotación –se detendrá en el borde: desapareció. Amarillo canario sobre gris ratón, danza fugaz en una boca del infierno que hasta entonces no habíamos visto, escondida al final de la pista bajo la malla perimetral. Un agujero bastante ancho, mucho más que el diámetro de la pelota. La cueva de un cangrejo grande, tan grande como sus muelas. Un asqueroso cangrejo de tierra, un cangrejo de aguas albañales, ese era su sabor; ni siquiera tenían la distinción de los cangrejos moros, rojos con patas negras y un agradable sabor a mar cuando los cocinabas.

Corrí hasta allí, me arrodillé ante el agujero y quedé mirando el hueco oscuro un par de minutos, supongo. No podía meter la mano, nunca me había atrevido a meter la mano en uno de esos agujeros. Me daba terror. La sola imagen de mis dedos trozados por aquella presión calcárea me hacía vomitar. Eso sin hablar del dolor. Aun teniendo el valor de hacerlo, recuerdo haber pensado que, de todas formas, era inútil meter la mano allí y luego todo el brazo, acostado junto al hueco; era una cueva profunda a juzgar por el diámetro de la entrada, un túnel siniestro donde mi brazo delgado, negro por el sol, podía bailar a sus anchas. Sin llegar al fondo de nada. Una raíz parda y fibrosa que entra en la tierra y emerge mutilada. No, no podía hacerlo.

Y ahí estaba yo, las dos manos abiertas sobre la tierra rozando el borde de fango, mi cara a diez centímetros del hoyo y los ojos fijos en lo oscuro, sin atreverme a voltear la cabeza porque sabía que de hacerlo encontraría la mirada de mi padre. Y esa mirada decía, me diría *a mí*, que necesitaba esa pelota, que la necesitaba *ya*: luego de mucho esfuerzo sólo había podido reunir tres, y de poncharse alguna de las dos restantes, ahí mismo terminaba el partido. Más bien, el simple pase de pelotas. Porque de eso se trataba; ninguno de los dos concebía el encuentro como una competición, sólo eso: bolear, cruzar pelotas por encima de la red, mantener la forma. La *forma* del otro, para ser exacto: un poco de ejercicio físico que contribuyera a disipar la tensión de los caballos saltando hacia todos lados, relajarse mientras protegía a su rey bajo el acicate de la dama y el incesante movimiento de los soldados en el campo. Creo que mi padre era consciente de esta situación, pero no le importaba. Más bien, parecía orgulloso de su *misión*. Por mi parte, sabía que eran pelotas gastadas, maltratadas por el uso, lo que suponía que en cualquier momento podían abrirse, reventar, aunque ninguno de los dos se afanase en golpearlas con fuerza. También (por cierto) me gustaba meter la nariz en la rajadura cuando alguna explotaba;

dejarla allí unos segundos y aspirar ese olor de algo fermentado. Nebuloso también, como el fondo de aquella cueva.

Para ocuparme del asunto había tenido que abandonar mi función de *ball boy*. Por lo tanto ellos tendrían que bajar hasta la red cuando las pelotas mal golpeadas quedaran allí, o andar a buscarlas cuando escaparan hacia los lados. Algo bastante molesto, detiene el impulso, corta la secuencia de la jugada para luego regresar al fondo, retomar la secuencia y cortar otra vez. *Due palle*, como dicen los italianos en estos casos; ahora una metáfora puntual y armoniosa. Obviamente, mi padre no permitiría que su ilustre contrincante tuviese que someterse a esa pesada obligación. Que podría desgastar el interés del ajedrecista hasta convertirse en un martirio, pues ninguno de los dos era un experto y las pelotas quedaban en la red o salían de los límites con bastante frecuencia. Para eso estaba yo allí; para evitar a toda costa que *eso* ocurriera. Yo era consciente del orgullo que lo embriagaba; el genio había pedido jugar al tenis y él había sido el elegido para compartir aquel capricho. Desde Capablanca no había habido otro que se le igualara. *El león de Reikjavyk* era ahora su contendiente. Por lo tanto, intentaría dilatar aquel encuentro todo lo que pudiese.

No era común que a mi padre le brillaran los ojos con alguna noticia, no para entonces, quiero decir. Yo no sabía quién era ese Bobby del que tanto hablaban (siempre en voz baja y con admiración). Pero su cara se iluminó cuando le vinieron a decir que debía regresar al trabajo esa misma tarde. Después de todo un día marcando el terreno bajo el sol, pleno verano del calcinante sesentinueve y su cara, no obstante, resplandecía. Vino su propio jefe en persona, alguien mucho menor que él y a quien se le notaba la vergüenza cada vez que debía dirigirse a mi padre para comunicarle alguna *orientación*. Ahora parecía rogarle su presencia allí, había recibido una llamada telefónica, era preciso darle atención priorizada a ese antojo repentino.

Yo lo había ayudado un rato ese mismo mediodía, hasta que él me ordenó regresar a casa; de todas formas, esa tarde no se podría practicar, el terreno aún estaba húmedo, la cal no acababa de pegarse a la tierra batida de la pista. Que él llamaba *court*.

Le dije que podía ayudar sosteniendo los clavos en las esquinas, para que el cordel quedara tenso y las líneas rectas. Pero él sabía hacerlo solo, siempre lo había hecho solo, y si alguna vez buscaba la ayuda de un niño de diez años era únicamente para conversar un rato mientras terminaba ese trabajo tedioso. Líneas trazadas a mano con cal viva y pastosa para que se fijara bien en la arcilla. También zurcía prolijo los agujeros de la red artesanal; retocaba de verde la banda superior de lona gruesa, barría las piedrecillas de la superficie. A veces comía algo, aunque por lo general se pasaba largas horas allí sin probar nada, entrenando a sus alumnos; tenía derecho a una merienda, que siempre dejaba para después y otros terminaban comiéndose. No era un trabajo difícil como tampoco era bien mirado por ese mismo trabajo. «La cabra siempre tira al monte», había dicho alguien, o lo que es lo mismo: el viejo burgués vuelve por sus fueros, y precisamente, en el *año del esfuerzo decisivo* y a propósito de la *masificación* del deporte, no se le ocurre nada mejor que inaugurar un área para aprender a jugar —nada menos— al tenis. Y mientras sus jefes se movían en motos Minsk y vestían de caqui y botas negras, él llegaba al *court* en su flamígera Niágara roja y de blanco impecable de pies a cabeza, Fred Perry para ser exactos, lentes oscuros y gorra de visera larga.

Me volví a mirarlo, sin embargo. Y recibí una mirada fulminante que nunca le había visto, una mirada que siempre me había ocultado. No supe exactamente qué significaba, tampoco era acusatoria, pero ese instante fue suficiente para entender que algo grave podría suceder si no encontraba la pelota, *si no sacaba de una vez la jodía pelota de aquella cueva de cangrejos*.

Alguien entró al terreno por el fondo, pegado a la malla. Traía en una mano dos pomos pequeños de agua, una hoja de papel en

la otra, y se detuvo a pocos pasos del jugador de ajedrez. Desde mi lugar pude ver como intentaba llamar su atención, procurando al mismo tiempo evitar cualquier intromisión abrupta en un lugar que, a juzgar por su actitud, seguramente le parecía algún tipo de rayuela con pelotas, y en la que el ajedrecista parecía afanarse. En esa mímica performática estuvo casi diez minutos, hasta que mi padre detuvo el golpe y miró al hombre, lo que hizo que el jugador de ajedrez, luego de quedar expectante unos segundos con la raqueta en ristre, desviara su mirada hacia allí.

Levantó un brazo para pedir un segundo de tregua. Sólo entonces el recién llegado se atrevió a acercarse, cuidando sus pasos cortos sobre la tierra como si caminara descalzo entre las mesas de un bar luego de una bronca a botellazos. Parecía uno de esos que por superstición no pisa raya, un sonámbulo de apenas metro y medio con brazos levantados y todo, de los que el jugador de ajedrez arrancó el papel y un pomo de agua, que se bebió de un golpe sin desviar la vista de la hoja escrita. «¡Pencil!», vociferó, pero el hombrecito ya esgrimía ante sus ojos el estilete de un reluciente lápiz amarillo. Bobby sacudió el mechón de pelo rubio y sudado que caía sobre sus ojos, tiró el pomo de agua vacío contra la cerca de malla al fondo, agarró el lápiz y dejó sus dos manos levantadas durante un segundo, en suspenso. El hombrecillo se inclinó levemente hacia adelante: la altura estándar y perfecta de cualquier mesa para un hombre de pie y estatura mediana. El jugador garabateó algo en la hoja sobre el lomo diminuto y luego tocó con el lápiz la cabeza del edecán *tableman*, que alargó un brazo por encima de su cabeza, agarró el papel y salió disparado.

Mi padre y yo nos quedamos inmóviles, observando la escena. «Ahora va corriendo hasta el hotel, a sentarse frente al aparato», lo escuché susurrar. Levanté la cabeza y él, al mismo tiempo, bajó la suya. «Escribe los movimientos en ese papel, y luego los transmiten por teletipo, como si jugara desde su país», concluyó. Sólo entonces mi padre pareció volver a verme. Y a recordarme, con su

mirada, que lo realmente importante no era la apertura utilizada ni el posible enroque o el peón solitario en el flanco dama ni la razón por la cual el jugador de ajedrez ocultaba su presencia en la ciudad, sino la pelota que nos faltaba. Algo que también yo, de momento, había olvidado.

Las nubes bajas, viniendo del sur, avanzaban con rapidez, y la luz se hizo más opaca. La visibilidad para jugar aún era buena, pero en cualquier momento podría oscurecer, precipitándose la noche con la inminencia de la tormenta. La lluvia o la oscuridad podrían ser una salida elegante, pero si ninguna de las dos llegaba antes de que la próxima pelota reventara, o el mismo jugador se aburriera del insulso reboleo, mi padre se vería en una situación delicada. *Situación delicada* es, a la vez, una frase hecha y un bonito eufemismo, pero creo recordar que no fue, exactamente, lo que en aquel momento pensé. No con esas palabras, quiero decir.

Volví corriendo hasta aquel boquete en la tierra. Ahora, sin la luz del sol, la oscuridad parecía más oscura, el diámetro mayor, una boca negra con espuma gris en los bordes que no disimulaba su intención de tragarse todo lo que por allí entrara. Podría perder el brazo. De sólo pensarlo sentí un escalofrío recorrer mi espalda primero y el resto de mi cuerpo después. Aquel intento por rescatar la pelota acabaría con mi esperanza de llegar a ser, yo también, un gran jugador. De tenis.

Me agaché, no obstante, y fijé mi mirada allí, en lo oscuro de la cueva. Creo que en ese momento hubiese dado cualquier cosa a cambio de entrever una mancha amarilla en lo profundo. O a imaginarla; tal vez una visión de ese tipo espantaría el terror por un instante, propiciando el acto irreflexivo del que luego, seguramente, me iba a arrepentir. Eran, de todas formas, tiempos de grandes sacrificios; de una infinita visión romántica también: sería un impedido físico a partir de entonces, pero quedaría como un héroe en la memoria de mi padre. Y de algunos otros, seguro. Esos pocos que allí estaban en ese momento, extraños y sutiles espectadores que



apenas miraban hacia el terreno, paseándose distraídamente por los alrededores de la cancha. Algo así llegué a pensar. Como también en la posibilidad de que quizás, incluso, trocaran mi nombre por aquel altisonante y dilatado de *Complejo Voluntario Deportivo* en recordación de quien, en un gesto valeroso y altruista, puso en alto la bandera del deporte levantisco y sacrificó su brazo derecho en un momento de definiciones, sobre todo teniendo en cuenta la presencia *in situ* –y esto resulta fundamental– de un representante del imperio en aquel *court*. También (me parece recordar) pensé: al fin y al cabo la cuestión nominal no ha sido más que un simple cambio de siglas, un equívoco semántico sin importancia, tal vez. Aunque es casi seguro que no fueron *exactamente* estas las palabras de entonces.

Una sombra cubrió la ya oscura entrada de la cueva. Al volverme y alzar la cabeza vi a mi padre, toda la extensión de su blanco Fred Perry sobre mí, y esa visión fue suficiente para recordarme lo apremiante de mi objetivo junto a aquel agujero. Lo miré sin saber qué decir, y fue él quien habló: «Busca un cubo y llena la cueva de agua». Había dejado correr la pelota hasta donde yo estaba para tener un motivo para acercarse.

No le faltaba razón con aquella idea del agua. Al llenarse el agujero, la pelota subiría flotando hasta la entrada, tal vez sobre el carapacho del animal (un estibador del subsuelo), y entonces me sería fácil agarrarla. Así no tendría que meter mi mano en ese infierno. No había otra opción, oscurecía con rapidez, las dos pelotas restantes peligraban. Podría tomar el agua directamente del mar, a menos de cien metros de la cancha, así ganaba un poco de tiempo. Lo primero sería encontrar algo para cargarla hasta allí. Junto a la cocina había siempre un montón de latas grandes, vacías, cuyo borde superior abrían con un cuchillo. Latas de aluminio para aceite o mermeladas. Corrí hacia allá, en el mismo momento en que otra vez entraba al terreno el hombrecillo del agua y el papel.

Sólo después de llenar la lata en la orilla comprobé que, por un lado, era muy pesada, y tampoco tenía ningún aditamento para agarrarla. A esa hora no quedaba nadie por los alrededores a quien pedir ayuda. Me puse en cuclillas, abracé la lata y la apreté contra mi pecho. Al levantarla mis pies se hundieron levemente en la arena. Trastabillando, intenté apurar el paso. Lo más difícil, sin embargo, consistía en mantener alejada la parte superior: el corte irregular del cuchillo en el aluminio erizaba todo el diámetro de pequeñas y afiladas navajas oscilando a tres centímetros de mi cara.

Casi al llegar el hombrecillo pasó como un bólido por mi lado. Susurraba una jerigonza extraña mientras leía el papel. Nuestras miradas se cruzaron por un instante, y se detuvieron un segundo, dos, una eternidad. Cada una parecía reconocer en la otra el espanto de lo imprevisible, el pavor de no lograrlo. Ese repentino desvío de mi cabeza a un lado hizo rozar mi barbilla contra el aluminio. Por eso estaba rojiza el agua cuando comencé a derramarla dentro del agujero. Mi padre parecía no haberse percatado de mi entrada, y yo aproveché para limpiarme la barbilla, enjuagar mi mano en el fondo de la lata y luego presionarla en el lugar del corte para cicatrizarlo momentáneamente.

La cueva se tragó aquellos cincuenta litros con la misma presteza con que un campo arenoso se chupa el primer aguacero de primavera. Con cuidado acerqué mi oído al borde del hueco, intentando descubrir algún sonido que me revelara la proximidad de algo. El silencio parecía venir desde el mismo centro de la tierra. Levanté la cabeza y miré a mi padre, pero él, cerca de la red, intentaba –más afanado en el procedimiento gestual que verbal– explicarle algo al ajedrecista. Él no hablaba inglés.

Pareció sentir el punzón de mi mirada y se volteó. Hizo una seña al jugador, como disculpándose, dio unos pasos hacia mí y se detuvo en el centro del campo, justo donde termina la cuadrícula del servicio. Desde allí me lanzó una mirada amenazante. Yo no podía explicarle que no era embeleso ni curiosidad mi posición: el

codo de mi brazo derecho sobre la pierna doblada y mi mano bajo la barbilla. Pero algo debió ver, y se acercó despacio. «Tienes sangre entre los dedos», dijo. Seguramente pensó que yo había metido la mano en la cueva. Le dije que un alambre de la malla me había rozado la cara al entrar con el agua, y volví a salir, corriendo, a llenar otra lata en el mar.

El agujero volvió a tragarse de un buche y sin pausas otros cincuenta litros. Mi grande y pesada lata de aluminio como un frívolo cubito de hielo en aquel profundo vaso de fango, por así decir. Volví a arrodillarme frente al ojo negro. Me acosté sobre él, dejando unos diez centímetros entre mi cara y la tierra; el animal podría estar allí, estudiando desde lo oscuro cada una de mis acciones, y aprovechar un descuido para sacar su muela fulminante y triturar mi nariz.

Pude escuchar al jugador de ajedrez cuando decía algunas frases en inglés a mi padre, murmullo que interpreté como un conjuro para hacer salir al crustáceo de la cueva. Con la misma intención comencé a susurrar algunas palabras cerca de la abertura, bien bajo para no ser oído. La resonancia de mi voz en el agujero, el tono estentóreo, como salido de un caño, me demostraba que el agua aún podía estar muy lejos de la superficie, o que simplemente se había diluido por las infinitas ramificaciones de aquel subterráneo. En ese instante el sol, ya casi acostado sobre el horizonte, se reflejó con particular intensidad en aquella parte de la cancha donde yo estaba. Un súbito resplandor, engañoso tal vez, que me hizo entrever algo parecido a una minúscula mancha amarilla dentro de la cueva.

Por la prisa, y por el peso de la lata, en cada una de las maniobras de ahogamiento y reflote había derramado una buena cantidad de agua en los bordes a la entrada de la cueva. La tierra estaba húmeda ahí, aproveché aquella morbidez y comencé a escarbar con mis manos alrededor del agujero, desbastando la tierra y apilándola a los lados. Metí los dedos con fuerza en el fango y las piedras, arañé hacia afuera, frenéticamente, para ampliar el diámetro de entrada;

cada vez quedaba menos luz, más lento se hacía el ritmo del peloteo, más largas las pausas, más altisonantes las palabras en inglés.

Alguien entró al terreno y se acercó a mi padre. «No es con usted el asunto», le oí decir. Ahora comprendo que se refería a las exclamaciones del ajedrecista. Luego hizo una pausa: «Se ha roto el teletipo, deben suspender la partida». «Podría utilizar el teléfono», respondió mi padre, y el hombre lo miró de una forma extraña. Digo *extraña* porque en ese momento no entendí la mezcla de altivez y prepotencia que sostenía aquella mirada. Por tanto tiempo y de manera tan ostensible que resultaba insolente. Después levantó la cabeza, miró las nubes con aire condescendiente, entrecerró los ojos y acercó su cara a la de mi padre. «Es que no puede saberse que está aquí...» (Pausa larga) ¿O es que *todavía* no entiende?». El énfasis en la palabra «todavía», deduzco ahora, debía estar directamente relacionado con aquellas *cabras* y aquellos *montes* que una vez escuché.

Yo parecía ser el único preocupado por la pelota, el único en entender que caía la noche, que realmente era imprescindible rescatarla. Entonces, sin nadie en ese momento a quien dirigir sus golpes, el jugador de ajedrez decidió practicar su nefasto saque, y tal vez por la furia —¿el teletipo estropeado? ¿el calor de mierda? ¿el misterio?—, con el impacto la bola explotó en el aire partida en dos pedazos perfectamente simétricos, como sajada por el tajo preciso de una cimitarra suní y no de aquella Wilson de aluminio, una sensación entonces. Acto seguido al inequívoco ¡pof! cada mitad salió disparada en dirección contraria, campos magnéticos similares que se repelen, y él quedó inmóvil, observando alternadamente a cada una; un hacha petaloide la flamante raqueta colgando de la mano, sendas piezas acabadas de cazar, las dos mitades de la pelota.

Mis manos se hundieron otra vez en el fango. Con frenesí. Sentí una uña partirse, luego otra, los fragmentos filosos entrando en la carne, pero no podía dejar de escarbar. Al pasar un brazo por mi cara para limpiarme el sudor, rocé la herida reciente en mi mejilla,